



La tarde se desvanecía en el horizonte, tiñendo el cielo de un naranja sombrío. María caminaba con pasos pesados, pero determinados. A su lado, su hija Valeria, de apenas ocho años, trataba de seguirle el ritmo. El calor del desierto parecía abrazarlas con un sudor pesado que se pegaba a la piel, mientras las sombras de la noche comenzaban a extenderse como una amenaza silenciosa.

Habían cruzado el río a primeras horas de la mañana, sin mucha dificultad, pero la tierra seca y árida les ofrecía una resistencia que no esperaban. Cada paso era un recordatorio de que el sueño de una vida mejor estaba a punto de ser un sacrificio más que una esperanza.

Valeria, con sus cabellos pegados a la frente y los ojos rojos de tanto frotarse, caminaba despacio. Sus pequeños pies ya no podían soportar el dolor de las

piedras afiladas que se enterraban en la suela de sus zapatos rotos. María miró hacia abajo, aliviada de que la niña aún estuviera a su lado, pero la preocupación se le reflejaba en el rostro.

—Mamá, ya no quiero seguir —susurró Valeria, su voz quebrada por el cansancio.

María la miró y sonrió, aunque el dolor le oprimía el pecho. Tomó su mano y apretó suavemente.

—Lo sé, mi vida. Lo sé. Pero estamos casi allí. Ya casi llegamos.

La pequeña asintió con la cabeza, pero sabía que su madre no estaba siendo honesta. El cruce era largo, incierto y peligroso, pero María tenía que aferrarse a la esperanza, aunque fuera una mentira. ¿Qué les esperaba al otro lado de la frontera? Nadie lo sabía con certeza, pero todo parecía mejor que la vida que dejaban atrás.

Recorrían un sendero polvoriento, marcado solo por huellas de quienes ya habían pasado por ahí antes.

Algunos ya no estaban, otros tal vez estaban muy lejos para escuchar los lamentos. La frontera no era solo una línea en el mapa, sino una herida profunda que dividía todo lo conocido de lo desconocido. Y cruzarla no era simplemente pasar de un país a otro;

era la promesa rota de un futuro, la tragedia de abandonar todo lo que se amaba, y la incertidumbre de un porvenir incierto.

—Mamá, ¿por qué tenemos que ir tan lejos? — preguntó Valeria, su voz temblando. María se agachó para mirarla a los ojos, tratando de encontrar las palabras correctas.

Es solo que... necesitamos un lugar donde vivir sin miedo. Un lu-

gar donde podamos ser felices, donde tú puedas estudiar, y yo pueda trabajar sin tener que temer que nos separen.

Valeria, con la inocencia propia de su edad, la miró un momento, como si estuviera procesando el concepto de "felicidad". Luego, mirando hacia adelante, preguntó:

—¿Y qué pasa si no llegamos?

María sintió un nudo en la garganta. No podía responder. Solo podía caminar, avanzar, como una sombra arrastrada por la fuerza de un futuro incierto. ¿Qué pasaría si no llegaban? ¿Qué pasaría si el viaje las agotaba antes de cruzar la frontera? ¿Qué pasaría si alguien las detenía y las separaba?

Pensar en esas posibilidades le partía el alma, pero en ese instante no había espacio para el miedo, solo para el deseo de seguir adelante.

El sol se escondió por completo, y la oscuridad cayó como una manta. El aire se enfrió y las estrellas aparecieron como ojos curiosos en el cielo. La madre y la hija caminaron en silencio, sin hablar. Las piernas de Valeria flaqueaban y su respiración era irregular, pero María la sostuvo con fuerza, como si su vida dependiera de ello. Tal vez sí dependía.

Después de lo que pareció una eternidad, llegaron a un pequeño campamento improvisado. Un par de personas más se encontraban allí, descansando en el suelo, con mantas raídas cubriendo sus cuerpos. Nadie les prestó mucha atención; todos estaban demasiado cansados como para hacer preguntas.

María se dejó caer junto a un tronco, abrazando a Valeria, que se había quedado dormida en su regazo. La pequeña, en su sueño, buscó el consuelo de su madre, sin saber lo que les esperaba. María la acarició suavemente el cabello, mirando al cielo. Allí, entre las estrellas, ella encontraba la única respuesta a su sacrificio: el amor incondicional por su hija, el anhelo de un futuro mejor, aunque no estuviera seguro de que existiera.

La frontera, pensó, no era solo una línea geográfica, sino una frontera invisible en su corazón, esa que separaba el "antes" del "después". Y, aunque las sombras ya se alargaban sobre ellas, el amor de madre no sabía de fronteras.

Quizás no llegaran. Quizás sí. Pero mientras ella estuviera allí, con Valeria en sus brazos, seguiría adelante, cruzando todas las fronteras que se interpusieran en su camino.